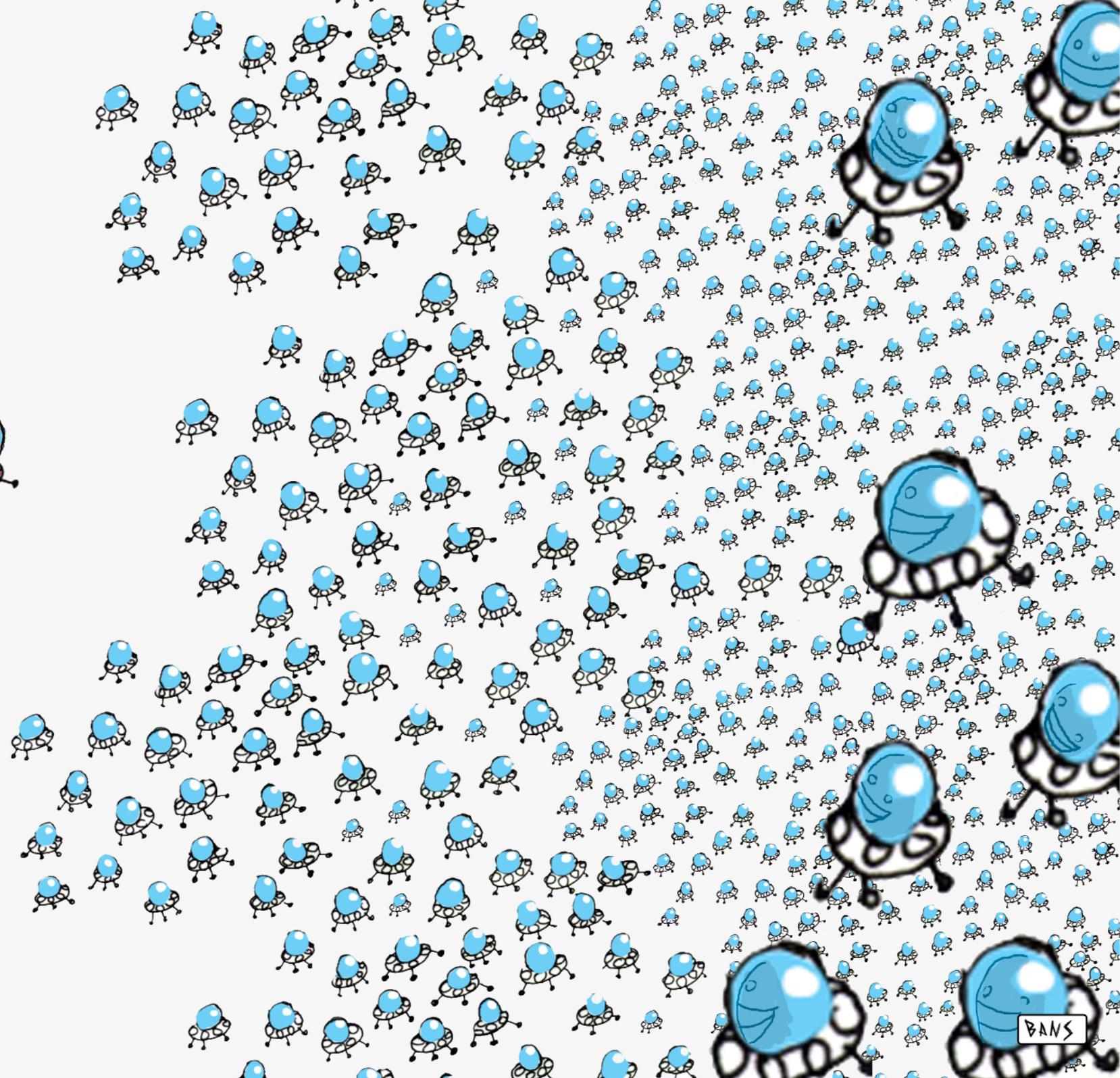


# REPORTAJE

## EXPOSICIÓN - A LA FERIA NACIONAL

DOS HERMANAS



BANS

# GRACIAS



Lo que tenéis entre manos (en vuestras pantallas) es un resumen de todos los números aparecidos de RESCEPTO hasta la fecha.

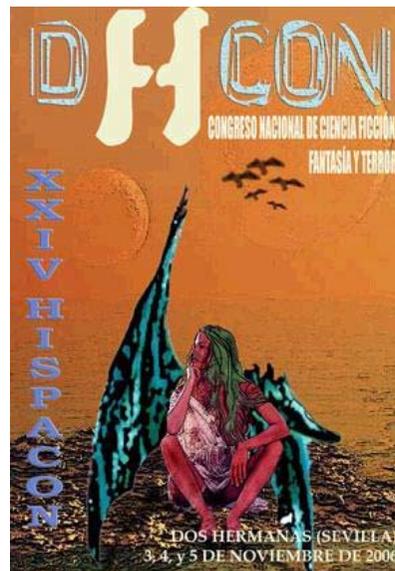
Estos tres números y el Especial Hispacón Dos Hermanas 2007 son el resultado de la creatividad y el trabajo de todas esas personas que aparecen en el listado.

También, por supuesto, es el resultado de los cientos de personas que se han pasado por nuestra web ([www.rescepto.tk](http://www.rescepto.tk)), han utilizado el emule o se han suscrito para descargar el ezine.

GRACIAS a todos vosotros, lectores y colaboradores, este proyecto que se llama RESCEPTO sigue adelante con más ánimo que nunca. Esperamos vuestros mensajes (ya sea para enviarnos colaboraciones u opiniones y sugerencias) para conseguir que el ezine mejore número tras número.

Por último, nos gustaría agradecer a la AEFCFT la oportunidad que nos ha brindado de ofrecer este homenaje a todos vosotros.

Disfrutad de la Hispacón de Dos Hermanas.



Adela Torres  
José Vicente Ortuño  
Alfredo Álamo  
Jorge Vallejo  
Jesús Fernández  
Antonio Marco  
Juan Miguel Aguilera  
Íñigo Fernández  
Juan Raffo  
Raquel Froilán  
Pedro Morán  
José María Tampirillas  
Helios de Rosario  
Pablo Herranz  
Nacho Planas  
Cristina Dembilio  
Jose Emroca Flores  
Félix Amador Gálvez  
José Carlos Canalda  
Fabio Berreras  
Graciela Inés Lorenzo  
Greg Egan  
Ferrán Clavero (Bans)  
Rodolfo Martínez



## IR AL NÚMERO

# EL ÍNDICE

Han colaborado en este número de **RESCPTO** los siguientes seres:

- [Adela Torres Calatayud](#).
- [Jorge Vallejo Ortega](#).
- Jesús Fernández Lozano.
- [Antonio Marco Castillo](#).
- [José Vicente Ortuño](#).
- [Alfredo Álamo Marzo](#).
- [Bans](#).
- [Juan Raffo](#).
- Team Rescepto:

Equipo Editorial: [Sergio Mars Aicart](#), Miguel Navarro Máñez, Carlos Sáez Pla

Informática: Juan Manuel Navarro Máñez, Antonio Ramos Sánchez.

**ELESTEMOLAMAS@GMAIL.COM**

### RELATO

Única función

➔ Adela Torres

### ENSAYO

Rol Bizarro

➔ Jorge Vallejo

### ENSAYO

El cómic en la red (I)

➔ Miguel Navarro

### POESÍA

El canto del lanzador de runas

➔ Jesús Fernández

### DIVULGACIÓN

¿Es Ron Jeremy el centro del Universo?

➔ Antonio Marco

### RELATO

La mazmorra

➔ J. Vicente Ortuño

### CINE

La crítica del freak

➔ Team Rescepto

### RELATO

La dama de las fresas

➔ Alfredo Álamo

# EL ÍNDICE

Han colaborado en este número de **RESEPTO** los siguientes seres:

- PORTADA: [Juan Miguel Aguilera](#)
- Cristina Dembilio
- Íñigo Fernández.
- Helios De Rosario.
- Nacho Planas.
- Pablo Herranz.
- [Raquel Froilán](#).
- José María Tamparillas.
- [Pedro G. Mora](#).
- [Juan Raffo](#).
- Team Rescepto:



**IR AL NÚMERO**

Equipo Editorial: [Sergio Mars Aicart](#), [Miguel Navarro Máñez](#), [Carlos Sáez Pla](#)

Informática: Juan Manuel Navarro Máñez, Antonio Ramos Sánchez.

**ELESTEMOLAMAS@GMAIL.COM**

## HOMENAJE

➔ Pascual Enguñados  
Team Rescepto

## HOMENAJE

➔ José Luis Macías  
Team Rescepto

## HOMENAJE

➔ El Universo visto desde Lliria  
Team Rescepto

## RELATO

➔ Pururúa  
Íñigo Fernández

## ENSAYO

➔ Tolkien y el ennoblecimiento de lo frívolo  
Helios De Rosario

## POESÍA

➔ Maldito el día  
Nacho Planas

## ENSAYO

➔ El otro cine europeo  
Pablo Herranz

## RELATO

➔ Autofagia  
Raquel Froilán

## ENSAYO

➔ El cómic en la red (II)  
Miguel Navarro

## RELATO

➔ El duelo  
José María Tamparillas

## DIVULGACIÓN

➔ Orión, el Cazador  
Sergio Mars



## IR AL NÚMERO

Han colaborado en este número de **RESEPTO** los siguientes seres:

- PORTADA: [Jose Emroca Flores](#)
- [Adela Torres Calatayud](#).
- Félix Amador Gálvez.
- [José Carlos Canalda](#).
- Fabio Ferreras.
- [Graciela Inés Lorenzo](#).
- [Greg Egan](#).
- [Juan Raffo](#).
- Team Rescepto:

Equipo Editorial: Sergio Mars Aicart, [Miguel Navarro Máñez](#), [Carlos Sáez Pla](#)

Informática: Juan Manuel Navarro Máñez, Antonio Ramos Sánchez.

# EL ÍNDICE

## ARTÍCULO

Spectrum: la simplicidad hecha arte

→ Team Rescepto

## RELATO

La tercera mano

→ Félix Amador Gálvez

## DIVULGACIÓN

P2P y copia privada

→ Miguel Navarro

## RELATO

El fracasado

→ José Carlos Canalda

## ARTÍCULO

El cómic en la Red (III)

→ Miguel Navarro

## POESÍA

Había una vez

→ Adela Torres

## RELATO

De espaldas la oscuridad

→ Fabio Ferreras y Graciela Inés Lorenzo

## DIVULGACIÓN

Fundamentos: Relatividad especial

→ Greg Egan

**ELESTEMOLAMAS@GMAIL.COM**

# EL ÍNDICE

Han colaborado en este número de **RESEPTO** los siguientes seres:

- PORTADA: [Bans.](#)
- [Rodolfo Martínez.](#)
- [Alfredo Álamo](#)
- Team Rescepto:

Equipo Editorial: Sergio Mars Aicart, [Miguel Navarro Máñez](#), [Carlos Sáez Pla](#)

Informática: Juan Manuel Navarro Máñez, Antonio Ramos Sánchez.

## RELATO

Small Trek II: La Ira de Juan

➔ Rodolfo Martínez

## RELATO

24 fotogramas y una cuchilla de afeitar

➔ Alfredo Álamo

004

Rescepto #004

005

Rescepto #005

006

Rescepto #006

ELESTEMOLAMAS@GMAIL.COM



Rescepto, como idea, nació el día de San José de 2005. El embrión había estado gestándose durante muchos meses, pero fue entonces cuando nació, poco más o menos a media noche, y Valencia entera lo celebró con castillos de fuegos artificiales y cientos de miles de personas vitoreando por las calles (bueno, no estamos al cien por ciento seguros de la relación causa-efecto, pero sí que podemos certificar la concomitancia de los sucesos). Tendrían que pasar, sin embargo, muchos meses para que la criatura pudiera

ser presentada en sociedad (y no creáis que no corrió peligro de acabar en el desván, como Hugo, el hermano gemelo maligno de Bart). Sería bonito poder afirmar que todos aquellos meses los pasó en lenta pero continua maduración, pero lo cierto es que fue una especie de stand-by, mientras nos hacíamos a la idea de que, si queríamos sacar el ezone, no valía la pena seguir esperando a que las circunstancias se hicieran más propicias.

En enero (casi febrero) de 2006, con apenas un mes de retraso



sobre lo planificado, vio la luz Rescepto, el ezone que más mola; 71 páginas (después, con cada número ha ido aumentando incrementándose

este número) de literatura fantástica, artículos y fricadas varias.

Sí, qué pasa. Somos unos friquis de tomo y lomo. Pero no disimuleis, que sois de los nuestros. ¿Qué pretendíamos cuando nos lanzamos? Pues ofrecer un nuevo espacio para que la gente que empieza en esto del fantástico tuviera otra alternativa para publicar su trabajo en unas condiciones lo más dignas posible. Ni más ni menos.

Ni más porque no pretendemos tomarnos a nosotros mismos demasiado en serio. ¡Hey, esto es un fanzine! No somos Planeta, ni

Editores Sin Fronteras (bueno, un poco sí, pero ya llegaremos a eso). Somos un grupo de aficionados y la mayoría de nuestros cola-

arriba algunos meses. Pero por ahora seguimos adelante.

R  
E  
S  
C  
E  
P  
T  
O



*La ya mítica portada a la cual llamamos RESCEPTO - PRUEBA 4*

boradores también lo son (algún que otro pro ha accedido a echarnos una mano, pero siempre desde la perspectiva de arrimar el hombro). La vida “real” interfiere. Sufrimos retrasos, a veces no podemos contestar con la premura que deseáramos y encontrar un día para la reunión del equipo editorial se pone muy cuesta

Ni menos porque todo lo antedicho no es óbice para que si nos tomemos muy en serio el trabajo de nuestros colaboradores. El compromiso de Rescepto es que vosotros confiáis en nosotros para sacar a la luz vuestros escritos (o dibujos, o lo que sea) y en contrapartida nos esforzamos por ofrecerlos con una calidad que nada tenga que envidiar al mejor trabajo profesional (de ahí que nuestros ficheros se nos vayan un poco de “megaje”, pero bueno, quien más quien menos tiene hoy en día un buen ancho de banda). También por ello hemos rechazado algunos textos meritorios pero que, por alguna razón, no veíamos listos del todo. En este sentido, el buen nivel medio de las (escasas) colaboraciones, ha sido toda una sorpresa.

En cuanto al número... pues sí, también eso ha constituido una sorpresa. Y nosotros que creíamos que había por ahí un mon-



**! ERROR DE DESCARGA:  
Ancho de Banda excedido  
Consulte con su proveedor**

tón de gente que deseaba ver publicado su trabajo. Pero no, recepción con cuentagotas. ¿Será por el formato electrónico? ¿Qué mejor soporte para empezar a hacerse un nombre? Con lo que mola la revista...

Pero cambiemos ahora de tercio y pongámonos un poco menos serios. Vamos a describir una típica jornada resceptera.



Las susodichas suelen iniciarse en un fin de semana,



entre las 21:00 y las 22:00 (si es sábado, puede adelantarse considerablemente). El trabajo de revisión de

los envíos, corrección de los aceptados, solicitud de ilustraciones y todo eso suele llevarse ya hecho (bendita



Internet), así que se dedican los primeros minutos, mientras se completa el equipo editorial, al deporte

fandomita por excelencia: rajar de todo lo rajable.

Como primera actividad puramente resceptuosa,



cabe señalar el acopio de víveres, que dependiendo de la hora puede realizarse en el Consum de la esquina

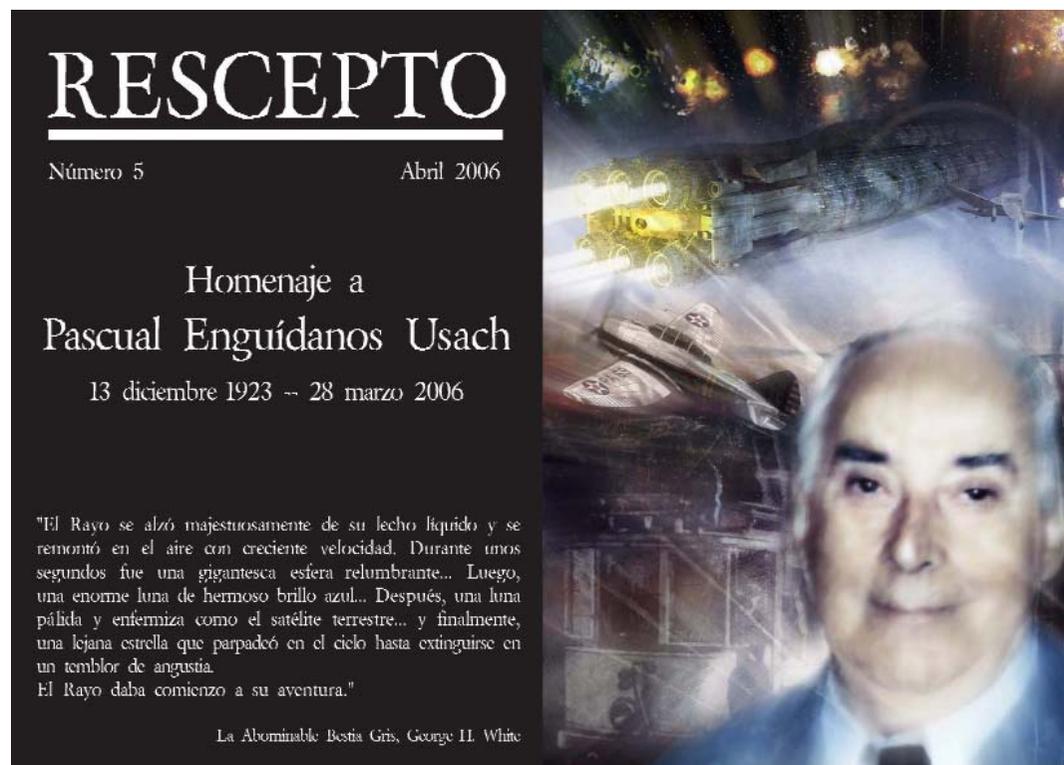


o en la gasolinera. Esto incluye, pero no está limitado a, bebidas de cola carbonatadas, aperitivos salados,

aperitivos dulces, frutos secos y helados (si es la

temporada). Entre los favoritos cabría destacar los imprescindibles Apericubos, aceitunas (un consejo, no prueben las rellenas de queso), Garrofitos, pistachos (qué bonito sonido cuando caen las cáscaras al suelo) y Cola Hacendado Light Sin Cafeína.

Una vez cubiertas las necesidades básicas, se puede empezar a pensar en el acompañamiento, que puede consistir en comida china, kebab o, con menor frecuencia, pizza (comida de calidad,



**Juan Miguel Aguilera colaboró con Rescepto en su homenaje a Pascual Enguñados**

vamos). En el restaurante chino, sin ir más lejos, ya nos reciben con un alborozado: “¿Tles pala llevall?” (tal vez porque así no reba-



## El alimento de los campeones

de hambre, así que consumimos lo adquirido, aprovechando, claro está, para rajar un poco más.

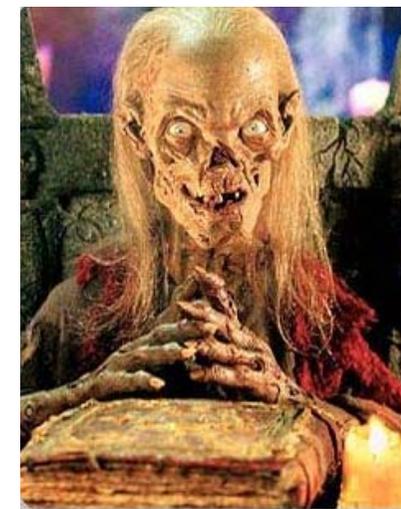
Sí, después de una panzada da pereza ponerse a trabajar, pero aunque nuestros cuerpos son débiles, nuestra voluntad es férrea. El primer paso consiste en ver a dónde nos dirigimos, es decir qué tenemos y qué necesitamos, y cómo podemos montar un número decente. Solemos incluir tres cuentos, otros tantos artícu-

los, un poema y lo que se tercié en cada caso concreto. Nos gusta- ría aumentar el número de ficciones, pero es lo que hay. También nos gustaría tener que ocuparnos menos de aportar contenidos y ya véis... En fin, ya estamos preparados para afrontar la dura tarea de editar un ezine, pero como se ha hecho la hora, bien pasada, de cenar, tampoco es cuestión de matarnos

los, un poema y lo que se tercié en cada caso concreto. Nos gusta- ría aumentar el número de ficciones, pero es lo que hay. También nos gustaría tener que ocuparnos menos de aportar contenidos y ya véis...

Una vez determinada la estructura, y con los contenidos externos (textos, dibujos y demás) en las manos (bueno, en los discos duros), toca ir maquetando y completando los artículos firmados por el Team Rescepto, que son escritos al alimón por al menos dos de nosotros y con aportaciones de los tres. Y si pensáis que el PDF es tocho, sabed que el archivo Quark final suele rondar los 100 megas.

Los sábados, a eso de la una, hacemos una pausa para ver la lucha libre en Cuatro (Rey Mysterio, Gran Khali, Mr. Kennedy, King Booker, el incombustible Enterrador y el resto de grandes actores cómicos del plantel). Siguen maravillas de la pequeña pantalla como “Primos lejanos”, “V”, “Historias de la cripta”, “Juzgado de guardia”... todo un viaje en el tiempo. Si no es sábado, la pausa



¿Para cuándo decís que salía el nuevo Rescepto?

llega cuando se acaba la Coca Cola fresca y hay que hacer un viajecito a la gasolinera para reaprovisionar (y bajar los Panojitos, que a esas horas ya se nos salen por las orejas).

Hacia las tres o las cuatro de la madrugada es cuando llegan las mejores ideas. Lástima que luego sólo podamos recordar una de cada cinco. El artículo que habíamos previsto que nos costaría sesenta minutos de maquetar ya suele ir por el doble o el triple (ahí es cuando empezamos a considerar si no deberíamos habernos mostrado más circunspectos con las ilustraciones). Lo peor es que se nos han echado las fechas encima y tenemos que terminar como sea, así que no nos rendimos hasta que empieza a amanecer y esa puñetera

**Aquí se maqueta Rescepto...  
(así sale)**



lucécita del cielo nos sugiere que podríamos dejar el finiquitar el trabajo para otro día. Además, después siempre se nos presentan problemas informáticos y acaba retrasándose otro mes la salida del número.



**De momento, esto es to- esto es to- esto es to- esto es todo, amigos.**

**En breve, más.**

El resultado lo tenéis en estos momentos en vuestra unidad reproductora de CDs.

Tres números y un especial Hispacon, con aportaciones de España, Venezuela, México, Argentina, Estados Unidos e incluso Australia. Esperamos que os guste, sólo eso ya bastaría para compensar todo lo antedicho.

# Y ANTES DE SEGUIR LEYENDO, RECUERDE QUE...

Todas las imágenes son propiedad de sus respectivos autores, y son utilizadas para ilustrar el contenido de los artículos de conformidad con lo previsto para el derecho de reseña en la vigente Ley de Propiedad Intelectual.

Todos los textos son propiedad de sus respectivos autores, y se cuenta con la autorización expresa del autor para su reproducción.

Todas las opiniones vertidas en esta publicación son responsabilidad de sus respectivos autores y no reflejan necesariamente la opinión de los editores. La opinión de la revista, cuando proceda, será publicada bajo el epígrafe "Editorial".

Esta publicación carece de ánimo de lucro. Se permite la libre distribución y reproducción de la misma, siempre y cuando se realice de forma gratuita, no se modifique ni fraccione en modo alguno su contenido y se reconozca la autoría de los editores y autores. La reproducción

parcial del contenido de esta revista requerirá, en todo caso, consentimiento previo y por escrito de los editores y, en su caso, de los autores. Los editores se reservan expresamente cuantas acciones legales, civiles o penales, se puedan derivar del incumplimiento de esta licencia.

## INSTRUCCIONES Y POSOLOGÍA

**RESCETO** es un fanzine electrónico. Si dedican un tiempo, verán que a lo largo del mismo hay enlaces a diferentes lugares: páginas personales de los colaboradores y sitios relacionados con la temática de los artículos.

Para acceder a ellos sólo tienen que pinchar en el enlace disponible en el cuerpo del texto. Les recomendamos que lo hagan. Se sentirán mucho mejor.

Para moverse por las páginas del ezine, sólo tienen que acceder al Índice y pulsar sobre el artículo que les interese. Al final de cada colaboración tienen un botón que les permitirá volver al Índice y, desde allí, pasar a cualquier otro lugar que les interese.

# SMALL TREK II: LA IRA DE JUAN

[RODOLFO MARTÍNEZ](#)

**C**uaderno de bitácora. Fecha estelar 696969.69. Durante una gira de inspección por la *Reprise* ha surgido una emergencia cerca de la nebulosa Mutante. Casi toda la Flota Estelar está allí de maniobras pero por algún extraño motivo nos han encargado a nosotros la misión. ¿Quizá el Almirante de la Flota me odia?

*Cuando llegamos a la nebulosa el resto de la flota se ha ido y sólo hay un laboratorio de investigación abandonado. Curioso, muy curioso.*

—¿Y bien, Stock, qué me puede decir de lo que tenemos delante?

El oficial científico de la *Reprise* alzó el rostro de la pantalla del ordenador y clavó su mirada fría y acorada en el rostro de su superior, el almirante James T.I.B.E.R.I.U.S. Kirk. Abrió la boca y su voz implacable y sin inflexiones articuló:

—¿Mande?

Kirk reprimió un suspiro. Últimamente su oficial científico se estaba comportando de una manera extraña. ¿Tendría algo que ver con su prevista muerte al final de la misión? Tonterías, ¿por qué iba Stock a inquietarse por eso? Todo el mundo sabía que le salvarían en la siguiente misión... aunque a veces Kirk se preguntaba por qué tenía que volver a un planeta donde los Pilonos sodomizarían a su hijo hasta matarlo sólo para resucitar a aquel orejudo susceptible al que nadie aguantaba en toda la nave. En fin, el universo era un lugar extraño.

—Decía, señor Stock, si me puede dar algún dato de lo que tenemos ahí delante.

—Bueno, sí, yo diría que se trata de un laboratorio científico abandonado. Aunque por otro lado quizá convendría prestar atención a nuestra popa.

—¿Y eso?

—Bueno, almirante-que-será-degradado-a-capitán-dentro-de-un-par-de-misiones-por-mi-culpa-aunque-eso-es-lo-que-en-el-fondo-desea, básicamente porque viene una nave hacia nosotros con los escudos alzados y pasa de identificarse como de la mierda.

—¿Cómo?

—Como de la mierda.

—No, digo que... En fin, déjelo. Sutura, envíe un mensaje a la nave no identificada a nuestra popa.

—Señor —dijo la oficial de comunicaciones—, no tenemos ninguna nave no identificada a nuestra popa.

—¿Ah, no? —dijo Kirk, claramente mosqueado ante la incompetencia de su oficial científico.

—En efecto, almirante-deseoso-de-volver-a-ser-capitán-y-que-aprovecha-la-menor-oportunidad-para-arrebatarle-el-mando-de-la-*Reprise*-a-quien-quiera-que-lo-ostente-en-ese-momento, la

comandante Sutura tiene razón. La nave a nuestra popa no es desconocida. Se trata de una nave de la Flota Estelar.

Kirk apoyó el mentón en su mano y permaneció unos instantes pensativo.

—Hmm. Una nave de la flota y sin embargo viene con los escudos alzados y no se comunica. Muy extraño. Señor Stock, ¿no será que ha sido tomada por nuestros enemigos y se prepara para darnos para el pelo?

—Parece una presunción lógica, almirante-a-punto-de-encontrarse-con-un-viejo-enemigo-que-busca-venganza.

—¿Sí, verdad? Quizá deberíamos alzar nuestros escudos. Aunque no, mejor esperamos a ver si disparan.

—Creo que acaban de hacerlo, señor —dijo el comandante Zulú—. Concretamente acabo de ver un torpedo de fotones que nos va a impactar... ahora.

—Hmm, yo diría que no son amigos —reflexionó Kirk, ignorando las explosiones que sacudían el puente y a los oficiales de seguridad que caían como moscas a su alrededor—. Levante los escudos.

—Un poco tarde, almirante-a-punto-de-perder-la-nave-cuyo-mando-me-correspondía-a-mí. Nos tienen a su merced —dijo Stock.

—Vaya, parece que la cosa pinta mal.

—Señor —dijo la comandante Sutura—. Nuestro atacante quiere discutir las condiciones de nuestra rendición.

—¡Ajá! —dijo Kirk saltando de su asiento—. Ya lo tenemos. Seguro que ahora nos pedirá los datos del Deuteronomio y podremos aprovechar la ocasión para meternos en sus computadoras y ordenar a su sala de ingeniería que baile una polka. Adelante, Sutura, muéstrémelo en pantalla.

El enorme monitor mural se iluminó y un rostro envejecido pero aún poderoso ocupó todo el cuadro.

—¡Juan! —exclamó Kirk.

—Sí, Juan. ¿Creíste que después de haberme abandonado en aquel planeta carente de vida inteligente no volvería para vengarme?

—Un momento, un momento, la cosa no fue así. Hicimos una apuesta, ¿recuerdas? Perdiste la nave limpiamente frente a mí. —Kirk permaneció perplejo unos instantes—. Espera, hay algo en este diálogo que no encaja: ¿no deberíamos estar en una ciudad entre las nubes y tú no tendrías que ser negro?

—Ya basta, Kirk, tus maniobras no te servirán de nada. Esta vez te destruiré.

—Demonios, no fue para tanto. Además, en aquel planeta sí había vida inteligente.

—¿Llamas vida inteligente a una población humanoide compuesta básicamente por aficionados al merchandasing de *Expediente X*? Vamos, Kirk, ni siquiera tú puedes ser tan idiota.

—Oh, claro que puede serlo —intervino Stock—. El almirante-que-un-día-fue-capitán-y-volverá-a-serlo-muy-pronto lleva varios años de intenso entrenamiento en ese aspecto.

—Gracias por su ayuda, Stock, pero puedo arreglármelas yo solo.

—Como desee, almirante-ya-un-tanto-fondón-para-andar-correteando-por-la-galaxia-y-ligándose-alienígenas-de-piel-multicolor.

—Quiero los datos del Deuteronomio y luego tú te transferirás a mi nave. Allí conocerás la más exquisita tortura en una digestión de más de mil años. —Ahora fue el turno de Juan de parecer perplejo—. Tengo la impresión de que al decir esto yo debería ser un gangster con aspecto de babosa enorme en mitad de un planeta lleno de arena. No importa. Ya me has oído. Ésa es mi propuesta. La tomas o la dejas.

—La tomo, la tomo. —Kirk se incorporó en su asiento y se volvió a su oficial científico—. Stock, inicié la transmisión de los

datos del Deuteronomio. De paso asegúrese de tomar control de su nave y mandarla a freír espárragos. No sé, el interior de la nebulosa es un buen sitio.

—Sí, señor.

Transcurrieron varios minutos llenos de tensión mientras el ordenador de a bordo compilaba los datos del proyecto

## Relato: Small Trek II - La ira de Juan

RODOLFO MARTÍNEZ

Deuteronomio (una enorme obra de ingeniería galáctica que consistía en ir trasladando sucesivamente a todas las especies que molestaran a la Federación al agujero negro central y dejarlas allí muriéndose de asco) y Kirk y Stock conferenciaban en voz baja mientras Juan se volvía psicótico e intentaba leerles los labios para matar después a uno de ellos cuando se dirigiera a arreglar la antena de comunicaciones del *Reprise*.

De pronto, una voz poderosa (aunque con un molesto renqueo asmático) irrumpió en todos los altavoces.

—Naves (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) de la Alianza Rebelde. Prepárense para ser (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) abordadas a mi señal. Les habla el (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) destructor Imperial (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) “Ejecutor”. Y recuerden que la (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) posibilidad de destruir un planeta es (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) algo insignificante comparada con (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) el poder de la (*jadeo, tos, hipido, carraspeo, jadeo*) fuerza.



—¿Qué trampa es ésta, Kirk?

—No sé de qué va todo esto, Juan, en serio.

—No importa. Me encargaré de este nuevo enemigo y luego iré a por ti.

—Vale, te espero.

La nave de Juan dio media vuelta y se enfrentó al enorme intruso que eclipsaba con su sola presencia todo el paisaje. Por supuesto, no tuvo ninguna oportunidad. En cuanto se hubieron acercado al intruso todos sus ocupantes empezaron a aferrarse la garganta y a morir en medio de atroces dolores.

—Se lo montan bien estos recién llegados —murmuró Kirk.

—Señor, tenemos un problema —sonó por los altavoces la voz de Escótex, jefe de ingenieros.

—Vaya, hombre. Ya tardaba. Dígame qué es.

—Hay una avería en los motores y se está abriendo una brecha dimensional.

—Eso es, eso es —dijo Stock—. Ahora lo comprendo. Nuestro universo se está fusionando con otro. Por eso usted y Juan tenían a veces la impresión de ser otros y de encontrarse en otro lugar.

—Hmm. Buena teoría, señor Stock. ¿Podemos hacer algo para detenerlo?

—No sé, ¿quizá pasarnos al lado oscuro de la Fuerza?

—Hombre, una solución heterodoxa, pero interesante.

Aunque ¿no preferiría ir a la sala de máquinas, arreglar los motores y de paso envenenarse con radiación a ver si se muere?

—Pues si me lo pregunta, almirante-que-ha-obligado-a-rediseñar-los-uniformes-de-la-Flota-Estelar-para-ocultar-sus-michelines, le diría que no.

—Vale. Entonces no se lo pregunto. A la sala de máquinas.

—¿Y si no quiero?

—Muy fácil. Equipo de seguridad. Habla el almirante Kirk. Lleven al señor Stock a la sala de máquinas y no lo dejen salir de allí hasta que agonice.

El cumplimiento de la orden no se hizo esperar. Mientras los de seguridad sacaban del puente a un Stock convertido en un amasijo de llantos, hipidos y súplicas sin el menor resultado, una mirada de compasión asomó al rostro de Kirk.

—No se preocupe, Stock. Le resucitaremos. Un día de estos. Cuando no tengamos nada mejor que hacer.

La puerta se cerró tras Stock y los hombres de seguridad. Pasaron varios tensos minutos durante los cuales se volvió a

repetir el reverberante (y jadeante) mensaje de la nave intrusa. Kirk ya empezaba a sentir una molesta presión en su traquea cuando la nave desapareció y el universo regresó a la normalidad.

—Buff, menos mal. Casi no lo contamos. Escótex, ¿cómo ha ido todo?

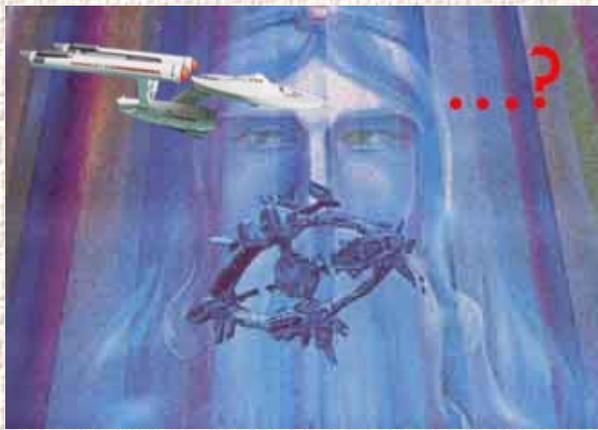
—Bien, señor. Stock ya está muerto.

—Vale. Tírenlo al espacio. Ya volveremos a buscarle. Seguro que no vamos a tener otro remedio. Señor Zulú, de vuelta a la Tierra.

—A la orden, señor.

Mientras el *Reprise* regresaba a la base estelar, un brillo de inquietud asomó a los ojos de Kirk.

—Demonios. Yo debería haber conocido a mi hijo en esta misión, ¿no? Bueno, qué más da, así cuando lo sodomicen los Pilonos a mí no me importara. Ah, está bien esto de ser el mejor.



POR SI QUIERES COLABORAR CON  
RESCEPTO

### NAQ (NEVER ASKED QUESTIONS):

P: *Soy un autor ya consagrado, ¿quiere eso decir que ya no puedo disfrutar del privilegio de publicar en Rescepto?*

R: ¡Claro que no! En Rescepto no practicamos la discriminación positiva. Nuestra intención es ofrecer con cada número un producto lo más atractivo posible (queremos que llegue al público) y para ello seleccionaremos lo mejor de cuanto nos llegue. Estaremos encantados de poder contar con tu ayuda para cumplir este objetivo. (Ahora bien, no te prometemos nada, que hay gente nueva muy buena empujando).

P: *Hola, yo soy todo lo contrario que el anterior, un absoluto novato. He escrito algo, pero no estoy seguro de que cumpla con el nivel de Rescepto. ¿Qué hago?*

R: No te preocupes por eso. Si te has esforzado por ofrecer lo mejor de que eres capaz nos interesa. Nadie nace experto, y si desde Rescepto somos capaces de ayudarte a dejar atrás esa etiqueta de “novato”, pensaremos que hemos cumplido nuestro objetivo. Pueden pasar tres cosas: que aceptemos tu escrito, que te propongamos algunas mejoras o que lo rechacemos, pero aún en este último supuesto trataremos de explicarte nuestras razones. En cualquier caso será una experiencia positiva.

P: *Bueno, el caso es que me gustaría colaborar con Rescepto, pero me temo que mi propuesta pueda resultar demasiado freak. ¿Creéis que vale la pena que lo intente?*

R: ¡No existe demasiado freak para Rescepto! Si no podemos regodearnos en nuestro friquismo, ¿para qué molestarnos en editar nuestro propio ezine? Somos los más serios del mundo a nivel organizativo, pero nadie nos gana en dar rienda suelta a nuestro espíritu freak. Si cumple con los requisitos de calidad generales, entra.

## FOTOGRAMAS

## Y UNA

## CUCHILLA DE

## AFEITAR

[ALFREDO ÁLAMO](#)

ILUSTRACIONES: [PEDRO MORÁN](#)

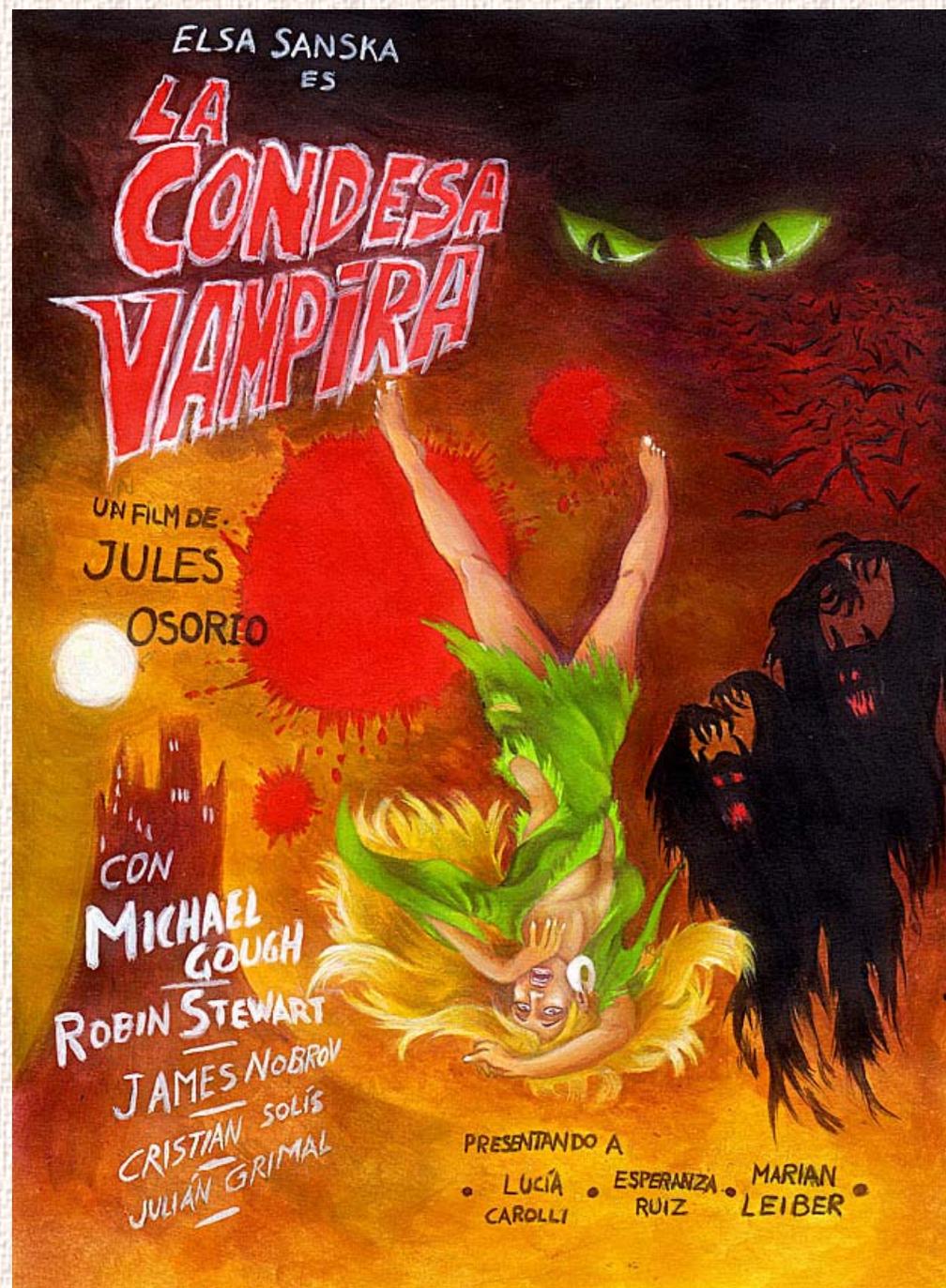
El color rojo estaba especialmente conseguido, le salía a borbotones del cuello, manchaba sin reparos la totalidad del cartel, cayendo, de forma gruesa y sucia, sobre la tipografía de aspecto vertiginoso que anunciaba la película. Elsa estaba impactante, más

hermosa que nunca; el cartelista había retocado uno de los fotogramas para darle ese aspecto pop, de tonos brillantes y recuerdos a tebeo amarillento, como los primeros de *Creepy* o los viejos de la *Tumba de Drácula*. No hacía falta mucho más que eso, Elsa enseñando las piernas y con el escote desgarrado por una bestia imaginaria, los ojos muy abiertos y los labios a punto de formar un grito desesperado. Debajo, con letras grandes y agrietadas, “*Elsa Sanska: La condesa vampira*”.

El resto de créditos era lo de menos, un par de actores americanos venidos a menos en busca de algún cameo fácil, James Nobrov, que en realidad se llamaba Julián Ceballos, y un interminable número de nombres femeninos que se perdían cada vez más en una letra diminuta que amenazaba con desaparecer de la carátula. Como director y guionista, el inefable Jules Osario, un verdadero mito en el mundo del cine español, pese a que, según ciertos rumores, había dejado de dirigir para prestar su nombre a un buen número de directores que no deseaban ver comprometido su prestigio tras aceptar encargos del todo infames.

Con *La condesa vampira* en sus manos, Marco tenía material más que suficiente para escribir su libro. Había catalogado trescientas cincuenta reseñas, fichas técnicas, cuadernos de rodaje, fotos inéditas; contaba, además, con cinco entrevistas increíbles, donde los grandes del género desgranaban la frenética actividad de 1968 a 1979, “La década terrorífica”, como ya figuraba en el índice provisional. James Nobrov hablaba de cómo el espíritu de revolución cultural, y sexual propio de la época había calado hondo en la realización de las películas, sobre todo a partir de la muerte de Franco en 1975. Otra entrevista no menos curiosa era la que había conseguido de Laura Miralles, antigua *scream queen* que incluso había logrado hacer sus pinitos en películas de John Carpenter o Fred Olen Ray, y que ahora era concejal en el ayuntamiento de Alcoy. Del terror *nude* a la política, su historia no tenía desperdicio.

Marco extrajo el DVD de su funda y encendió el televisor. Había algo que le faltaba. No había logrado entrevistar ni a Elsa Sanska, la musa de toda una generación de aficionados al terror, ni a Jules Osario. Ambos habían contraído matrimonio en 1977, lejos de cámaras y periodistas. Los datos sobre la boda eran escasos, Marco había averiguado muy poco sobre la ceremonia, apenas unos comentarios de Nobrov que había asistido como invitado. A partir



de entonces podía apreciarse cierta decadencia. Elsa Sanska había anunciado su retirada, a todas luces prematura, al año siguiente. El director, por su parte, comenzó a rodar películas cada vez más enfocadas al erotismo “S” y, ya entrados los años ochenta, podía verse su nombre firmando películas pornográficas de alto contenido sado-masoquista. Era probable, sin embargo, que esas películas sí que utilizaran el nombre de Osario como algún tipo de reclamo. Pese a que en los últimos años ninguno de los dos había realizado apariciones públicas, Marco había tratado de ponerse en contacto con Osario a través de su productora, *Ummo*, que todavía sacaba al mercado nuevas versiones digitalizadas de sus películas, sin más respuesta que notas de secretaría y un lote bien surtido de reediciones en DVD.

Decidió no darle más vueltas, se sentó en el sofá, abrió una cerveza y cogió su bloc de notas, un Moleskine, como el de Hemingway, decidido a exprimir *La condesa vampira* para la última parte de su libro, donde quería analizar el *barroquismo pop*, tan decadente como maravilloso, que adornaba los últimos rodajes, todavía dentro del género, de Osario.

La película comenzó con uno de esos *zooms* tan característicos de la época, una aproximación mareante desde la puerta de una mansión victoriana hasta un reloj de pared que, cubierto de telara-

ñas, marcaba las doce de la noche. Marco ya conocía el argumento: dos vampiros, antiguos seguidores de Elizabeth Bathory, la condesa vampira a la que hacía referencia el título, descubren que una joven azafata, Elsa Sanska, es la reencarnación de su antigua señora. Tras raptarla deciden ungirle con la sangre de siete vírgenes para despertar a la condesa, pero su novio, un jovencísimo Antonio Ramos, ayudado por una suerte de Van Helsing, Nobrov interpretando el mismo papel por enésima vez, intervienen durante el ritual. A partir de ahí el argumento, según Pérez-Novoa, autor de *El A-Z del bizarrismo hispánico*, desaparecía para dar pie a numerosas persecuciones, capturas y, sobre todo, escenas eróticas donde, según el autor de la reseña, Osario daba rienda suelta a sus propias fantasías sexuales, todas alrededor de mazmorras, cadenas, cuero y brasas ardientes; tras la cámara, el ojo de un *voyeur* detallista y refinado. En cuanto al final, la pareja Ramos/Van Helsing lograba salvar a la pobre reencarnación de Bathory y los dos vampiros, la mítica pareja Rea y Goship, acababan su fechorías convertidos en polvo. Todo eso aderezado por una banda sonora llena de guitarras *wah-wah*, flautas metálicas y baterías de jazz a ritmo de discoteca.

El visionado seguía la reseña de Novoa; en cuanto a los decorados, parecían reutilizados de otras obras del mismo estudio, posi-

blemente de *Las amantes vampiras* o *La torre de los jorobados*, rodadas aquel mismo año. Los rasgos eran muy parecidos, Marco incluso creyó ver escenas comunes, montadas al viejo estilo Roger Corman, entre las tres películas. La fotografía recordaba poderosamente al estilo *Hammer* de la primera época, con su *Eastmancolor* resaltando los colores básicos, realzando el increíble trabajo de vestuario, increíble por lo estrafalario de las telas y modelos, presente a lo largo de toda la película.

Elsa Sanska estaba esplendida, parecía extraño que sólo hubiera rodado dos películas más. Rubia natural, metro setenta, medidas cercanas al mítico 90-60-90, de labios carnosos y mirada verde, limpia, cristalina. Marco anotó un par de ideas sobre los decorados y el desarrollo desigual de la película, relacionando el tramo final, ciertamente delirante, con los rumores de adicción a las drogas de buena parte del equipo.

La película terminó, dando paso a unos créditos con música heredada de los *Who*. Marco tomó nota de la encargada de vestuario, Rebeca Kohl, y de los agradecimientos finales, casi todos dedicados a colaboradores habituales de Osario. El DVD activó el menú de extras: "Filmografía básica", "Otras producciones" y, para sorpresa de Marco, las palabras "Final alternativo" sobreimpresas en la

parte inferior derecha de su televisor. La reseña de Novoa era de mediados de los noventa, mucho antes de la edición en DVD, así que no hablaba de ese final por ningún lado. El bolígrafo de Marco se deslizó entusiasmado por una página en blanco de su Moleskine antes de señalar la opción extra.

La primera decepción vino en forma de ausencia de sonido, la película no estaba procesada correctamente y, además, parecía más un remedo de ocho milímetros que otra cosa. Pero allí estaba Elsa Samska y el resto de actores en el escenario de las tomas finales, una mazmorra equipada con todo tipo de instrumentos de tortura; la escena, sin embargo, era muy diferente a lo que acababa de ver. Los supuestos héroes eran torturados por una Elsa medio desnuda y bañada en sangre, de mirada demoníaca y actitud cruel, posiblemente la condesa Bathory reencarnada. La escena no iba más allá de diez minutos de tortura hasta que alguien apagaba la cámara, resultando un poco pobre como final alternativo. Marcos apenas tomó notas, éstas más por lo curioso del descubrimiento que por lo mostrado en él.

Apagó la televisión y cerró el Moleskine; miró la hora y ya era bien entrada la madrugada. Se desperezó lentamente y caminó, muerto de sueño, hasta la cama. No tardó en dormirse. Tuvo pesadillas suaves.

\*\*

Marco tardó casi un año en ordenar las reseñas, conseguir los derechos de las fotografías e hilar una historia coherente que ligara la época dorada del cine de terror en España. Su trabajo en Discopunto, una tienda de discos de segunda mano en el centro de Valencia, le permitía cierto horario relajado; su jefe apenas se pasaba por la tienda como no fuera para traer nuevos lotes o cerrar caja los sábados por la tarde, dejándole tiempo para ordenar sus papeles y escribir algunos capítulos en el ordenador de la tienda.

Tras hablar con su editor, Ferrán, de *Squid Ediciones*, logró un par de meses más de plazo para entregar el original y todo el material. Ya tenían el borrador, la maquetación era cosa de la editorial, teniendo en cuenta la ingente cantidad de material gráfico que había logrado reunir. Sin duda, el volumen iba a quedar mejor de lo esperado.

Entonces, cuando ya tenía la historia cerrada, recibió una carta. Ni se acordaba de la última vez que había recibido una carta que no fuera un recibo, una factura o publicidad para hacerse millonario. Pero allí estaba, entre los gastos de escalera y la publicidad

del chino, un sobre blanco, con su nombre escrito a mano y con el remite de la productora *Ummo* en el dorso. Casi ni le dio tiempo a salir del ascensor para abrirlo.

La carta estaba escrita a máquina, no con ordenador e impresora; mostraba las típicas letras manchadas, más raras de ver que la escritura a mano, unas más altas que otras, el papel rozado allí donde el carrito debía tocar demasiado.

*“Querido Señor Ventura, —comenzaba la carta—, Gracias a las gestiones de su editorial, Squid Ediciones, ha llegado a manos del señor Osario el primer borrador de su obra “La cultura del terror en España (1965-1980)”. Nos es grato decirle que su enfoque y trabajo han sido del agrado tanto del señor Osario como de la señora Sanska, y ambos han decidido acceder a la entrevista que usted solicitó en su carta del seis de julio del año pasado.”*

Marco releyó ese último párrafo. No era una broma, ésa era la fecha de su última petición.

*“Sin embargo, debido a circunstancias personales del señor Osario, lamentamos comunicarle que le es imposible cualquier tipo de desplazamiento. Así mismo, su apretada agenda le impediría recibirle en otras fechas que no fueran durante el fin de semana del veinte de octubre.”*

Mientras prensaba el café en la cazoleta, hizo cuentas. Veinte de octubre, eso era dentro de un mes; tenía tiempo para pedir el sábado libre, casi ni se acordaba del último día que se había cogido para él.

*“Naturalmente, podrá usted alojarse en la casa del señor Osario y asistir a una pequeña cena a la que asistirán otras conocidas figuras del mundo del cine que, quizás, encuentre interesantes para su libro.*

*La casa está situada cerca de la localidad turolense de Portalrubio, en la comarca TE-121, en la segunda salida, justo en el desvío que indica Patrimonio Histórico. De todas formas, si aun así le resultara difícil encontrar la casa, le adjuntamos instrucciones más detalladas, un pequeño plano de la zona y el número de teléfono de la casa, que rogamos sólo utilice en caso de necesidad.*

*Rogamos confirme su asistencia mediante correo postal a la dirección de remite.*

*Atentamente,*

*Raquel Moyera, Producciones Ummo”*

Dejó la carta sobre el banco de la cocina y esperó, con rostro inexpresivo, a que el café estuviera preparado. Se sirvió una taza, cogió el papel mecanografiado y salió de la cocina. Se sentó en el sofá del comedor y volvió a leerlo con detenimiento.

Desde luego, en principio, era de lo más extraño. Demasiado

oportuna, podría decirse y, sobre todo, tenía esa extraña sensación de *déjà vu* que sentía agarrada a su columna vertebral en forma de escalofrío. Por un momento se sintió como un personaje decimonónico, un Reinfield cualquiera al recibir carta desde Transilvania, presa de un folletín por entregas. Antigua estrella del cine de terror invita a joven escritor a su alejada mansión solariega. Terminó la taza de café y sacó el Moleskine para apuntar una lista.

1. *El crepúsculo de los dioses*
2. *Drácula*
3. *El mercader de sombras*

En *El crepúsculo*, el joven escritor acaba asesinado por una vieja actriz; en *Drácula* las misivas acaban con un abogado loco y el otro medio muerto. *El mercader de sombras* era un cuento corto en el que un joven escritor acude a realizar una entrevista a una vieja dama del cine mudo y acaba devorado por el anciano león de la Metro Goldwyn Mayer. En los tres ejemplos que se le habían ocurrido existía algún tipo de vampirismo, fuera fantástico o psicológico.

Era evidente que la forma de la invitación, el lugar y los medios estaban elegidos a propósito. Jules Osario tenía fama de

*Grand Guignol*, de ilusionista y amante de la teatralidad; el viejo director quería acrecentar o, si acaso, recordar su leyenda. Aun así Marco no podía dejar de lado la sensación de formar parte de una historia manida y vieja.

Sin embargo, no iba a ponerse nervioso. Conocía las mismas historias y trucos que Osario, llevaba años estudiando la literatura y el cine fantástico; lo único que tenía que hacer era seguir la corriente, dejarse llevar por la puesta en escena que, con seguridad, le esperaba en aquella mansión. Hizo otra lista.

1. *Mayordomo con algún defecto físico (ciego, sordo, cojo, jorobado)*
2. *Al menos una Atractiva Joven que se le insinuaría.*
3. *Un ala de la casa que no podría ser visitada.*
4. *Una cena que daría paso a una Revelación Sorprendente.*
5. *Puertas secretas y pasillos iluminados con candelabros.*

De todas formas, teatral o no, una entrevista a Jules Osario completaría el libro. Y, por otro lado, sentía una enorme curiosidad por conocer a Elsa Sanska, saber cómo la habían tratado los años, preguntarle acerca de su retirada. Rebuscó entre el montón de fotos

del libro hasta encontrar uno de sus retratos; una firma convertiría aquella foto de promoción en objeto de culto.

Volvió a sus notas sobre Osario. Ahora tenía que preparar unas preguntas adecuadas. Abrió su bloc de notas.

1. *¿Cómo lograba rodar hasta cinco películas en un mismo año?*
2. *¿Es cierto que los rituales satánicos de sus películas estaban sacados de libros auténticos sobre el diablo?*
3. *¿Cómo se tomó que Stanley Kubrick le copiara la escena de la orgía de máscaras en *Eyes wide shut*?*
4. *¿Cuáles fueron sus referencias estéticas a la hora de preparar películas como *La baronesa oscura* o *La condesa vampira*?*
5. *Preguntarle acerca del metraje extendido en *La condesa*...*

Siguió anotando preguntas y consultando datos, las horas pasaron sin que se diera cuenta. Al terminar con la lista revisó el mapa que venía junto a la carta. Era una fotocopia pero se veía el camino con facilidad hasta la casa, a primera vista no parecía un terreno complicado para su Ford Fiesta de segunda mano. Anotó en el móvil el teléfono de la casa. Tuvo que frenarse antes de hacer las maletas, todavía le quedaba un mes por delante.

Preparó una carta de agradecimiento y anotó la dirección de remite. Se sorprendió al no encontrar sobres ni sellos en casa. Al día siguiente iría directamente a Correos.

Le costó dormir, entre sueños de impaciencia y delirios perdidos entre corredores por los que corría una condesa sangrienta vestida con un minúsculo bikini verde.

\*\*

La carretera hasta Portalrubio, una vez quedaba Teruel atrás, iba convirtiéndose en una serie de curvas unidas unas con otras con cierta mala idea. Había muchos tramos en obras, tareas de mantenimiento por un lado y desdoblamiento de la calzada por otro, provocando un sinfín de parones y arrancadas, momentos ideales para disfrutar del paisaje y escuchar en la radio viejos éxitos de los ochenta que se repetían una y otra vez. Marco desechó la idea de confeccionar una lista.

El camino discurría paralelo a unas vías de tren de aspecto fantasmagórico, vías que atravesaban colinas mediante decenas de pequeños túneles, que pasaban junto a estaciones abandonadas, con todo el aspecto de nunca haber sido utilizadas y que ahora no

eran más que cuatro vigas y, si acaso, mantenían el nombre escrito en azulejos de algún pueblo ya desaparecido. De vez en cuando aparecía la silueta recortada de un tren, hecha en hierro colado, como recordatorio de una línea férrea que nunca llegó a funcionar. Un camino de acero que empezaba en ninguna parte y que terminaba, seguramente, en el interior de un túnel sin salida.

Marco se despidió de la vieja, e inútil, vía férrea en el último desvío de la carretera. Como le habían indicado en la carta, una señal de Patrimonio artístico señalaba el camino que en su mapa estaba resaltado con rotulador verde. Tenía que avanzar diez kilómetros más hasta la entrada de la casa. El paisaje cambió al alejarse de las colinas y montañas, todo lo que podía ver a su alrededor eran campos de girasoles, kilómetros y kilómetros llenos de flores redondas y amarillas. Lejos, en el horizonte, se levantaban decenas de molinos de viento, altos, delgados, estilizados y blancos, aprovechando las corrientes de aire entre los valles aragoneses; auténticos gigantes que parecían construcciones alienígenas entre los girasoles, las encinas y algunos pajares de piedra abandonados, dispersos entre los sembrados.

El Ford Fiesta había traqueteado con la mezcla de cemento y asfalto parcheado del nuevo camino, pero nada comparado con el

movimiento descoyuntado que le produjo el último tramo, el que seguía una señal de carretera oxidada que rezaba “Las Ramblas” y que era la última acotación de su mapa. Afortunadamente para él, y para el Ford Fiesta, la casa estaba cerca.

No era el tipo de construcción que esperaba, no era una vieja mansión victoriana trasladada piedra a piedra de un pueblo inglés, ni tampoco un viejo castillo reformado en la ladera de una montaña. Parecía más bien una casa de pueblo vieja, de tejas rojas y sillares macizos, grande, eso sí, pero más del tipo vacacional que del señorial, por decir algo.

Detuvo el coche frente a la puerta principal, protegida por un porche de madera. A un lado de la casa vio otros coches aparcados bajo una cubierta de uralita, dos mercedes y lo que parecía un lexus; lo que no faltaba allí era dinero. Abrió la puerta del coche y le sobrecogió el aire helado de la media tarde; hacía frío, pero de verdad. Agarró la chaqueta y se la puso camino de la puerta.

Tocó el timbre y esperó. El único sonido que percibía era el del viento, alrededor de la casa no había nada más que unos árboles, un muro cubierto de hiedra y poco más, quizás un pequeño edificio que sería un cobertizo o trastero, cajas de cerveza y refrescos, vacías, apoyadas en la fachada.

Un crujido y el ruido inconfundible de llaves dando vueltas en la cerradura, anunciaron la apertura de la puerta. Marco se rehizo y trató de aparentar seguridad en sí mismo. Sin embargo, al ver a una Elsa Sanska, alta, más que él, risueña, e increíblemente joven, dándole la bienvenida, tuvo la sensación de que toda su fachada de escritor maduro acababa de salir volando sobre los campos de girasoles.

—Tú debes de ser Marco —dijo la mujer—. Soy Marta, la hija de Elsa.

Hizo esa aclaración como una coletilla dicha cientos de veces. Marco se dio cuenta de su error y notó cómo sus mejillas enrojecían de vergüenza, antes de apartar la mirada.

—Pero no te quedes ahí —continuó Marta—. ¿Has cogido el equipaje? Vamos, y te digo dónde aparcar bien el coche.

Marco sólo llevaba un par de bolsas de mano y Marta le indicó un hueco bajo la uralita para el coche. Luego volvieron a la casa. Desde luego que, a falta de un mayordomo jorobado, la primera impresión había resultado impactante. Lo habría sido más con Marta vestida con una *negligé* negra y un candelabro en la mano en lugar de con vaqueros y camisa blanca, pero por el momento Marco repasó su lista, mayordomo deforme: tachado; insinuación por joven atractiva: en proceso.

Dentro de la casa hacía calor, debido con seguridad a una chimenea de obra que mostraba unas llamas de tamaño considerable. Las paredes, encaladas de blanco, estaban repletas de fotografías, recuerdos de rodajes, carteles de películas; un verdadero museo, paraíso del coleccionista. Marco esquivó varios sillones de cuero y una mesa redonda de gran tamaño para observar de cerca uno de los carteles.

—Ven —dijo Marta, avanzando hacia una escalera, al otro lado del salón—, te enseñaré la habitación. Mis padres han salido a dar un paseo con el resto de invitados —aclaró—, supongo que estarán de vuelta en seguida.

En el piso superior había un pasillo largo, pero sin candelabros de plata. En su lugar, nada más que plafones en el techo, una verdadera desilusión. El suelo, de madera, recogía el calor de la chimenea. Marta lo guió hasta un cuarto al fondo del pasillo, una cama grande, un escritorio sencillo y el armario Ikea de moda. La luz poniente entraba a través de una ventana con balcón que daba al valle, a los girasoles y a los molinos de viento.

—El servicio es la segunda puerta a la derecha, si necesitas cualquier cosa no tienes más que decirlo.

—Gracias —contestó Marco, que no podía apartar los ojos de Marta—, está todo bien. Gracias.

—Vale. Cuando te instales baja, voy a preparar café. ¿Quieres descafeinado o algo?

—No, no. Café, normal. Ahora voy.

Marta abandonó la habitación y Marco se recriminó la larga y sostenida mirada a aquel culo perfecto que no pudo reprimir. Luego se miró a sí mismo, a sus zapatillas, sus pantalones vaqueros, su jersey de lana, sus gafas de pasta, su parca de estilo setentero y, sobre todo, sus flacideces, bultos y michelines varios. Se recordó que no había ido allí a ligar con la reencarnación de Elsa Sanska y sacó la grabadora, el moleskine y algunas fotos que quería comentar con Osario. Respiró profundamente el tibio aire con leve olor a naftalina del cuarto y se dirigió a las escaleras, atravesando ese pasillo tan normal que, de alguna forma, había llegado a decepcionarle.

En el salón le esperaba Marta, sentada en uno de los sillones de cuero, las piernas cruzadas sobre el asiento, taza de café en mano, iluminada por el fuego de la chimenea; Marco tuvo la impresión de estar protagonizando un anuncio de colonia o formar parte de uno de los maravillosos momentos Kodak.

—El café —dijo Marta, señalando la mesa.

Marcos musitó un ligero “gracias”, cogió la taza humeante y se sentó en otro de los sillones. Osario tenía una televisión enorme,

plasma, quizás de unas cincuenta pulgadas. Estaba incrustada en una estantería llena a rebosar de películas en DVD y vídeo. Aún con el café en las manos, Marco se levantó como un resorte para curiosear entre los títulos.

—¿Te gusta el cine, verdad? —dijo Marta, que le observaba con expresión curiosa.

—Sí, bueno —contestó Marco, subiéndose las gafas—, escribo sobre películas y todo eso.

“Películas y todo eso”. Marco se autoinflingió un capón mental.

—Mi padre tiene dos habitaciones llenas de películas. En la estantería sólo deja lo que le gusta enseñar y las nuevas que va comprando. Es adicto a Amazon, ¿sabes?

—¿Vives aquí, con tus padres?

La expresión de Marta pasó de curiosa a divertida.

—No, por favor —contestó—. Me moriría de aburrimiento. Vivo en Madrid, con unas amigas. Me paso en vacaciones y cuando tengo unos días libres.

—Claro, por supuesto.

Marco esperó que la tierra se lo tragara en medio de un montón de azufre incandescente, o la llegada de Jules Osario y el resto de invitados.

Afortunadamente para él, ocurrió lo segundo.

\*\*

Osario era el tipo de hombre que transmitía energía con cada movimiento. Pese a, según las cuentas de Marco, pasar holgadamente de los setenta años, mantenía fuerza en cada paso, en cada mirada, en cada gesto. Nada más entrar en la casa saludó a Marco con un fuerte apretón de manos y le agradeció el esfuerzo de ir a verle a aquel rincón perdido del mundo.

—Pero bueno, por favor, deja que te presente —siguió hablando Osario—. A Nobrov ya lo conoces, claro, me ha hablado mucho de ti. Mira, éste es Francisco Yáñez, supongo que te sonará el nombre, uno de los mejores montadores del cine europeo. Y bueno, Elsa, mi mujer.

Nobrov seguía igual que siempre, enfundado en un jeresy negro de cuello alto, el pelo rapado casi al cero y la mirada gris, fría, que tanto le había dado, escondida tras unas gafas de cristales gruesos. Le estrechó la mano, estaba fría y sudada.

El tal Yáñez era un hombre gordo, de ese tipo de gordura que alcanza todas y cada una de las partes del cuerpo, cara gorda, barriga gorda, culo gordo; hasta orejas, dedos y nariz gordos. Vestía un

traje de dos piezas azul marino con una corbata que reposaba en el principio de su abdomen. También estrechó la mano de Marco, que vio cómo sus dedos se perdían, minúsculos, entre los del montador, que sintió desagradables y ásperos.

Elsa Sanska cerró la puerta. Decir que los años la habían tratado bien habría sido un lugar común, así que Marco eliminó esa frase de su pensamiento. Pero era cierto. A primera vista, la única diferencia con su hija era el pelo, que ahora Elsa llevaba como una melena corta. El resto de ella parecía sacado de cualquiera de los carteles colgados en la pared.

—Pero chico —dijo Elsa—, ¿que no me saludas? Venga, dame un par de besos.

Marco avanzó de forma algo torpe y murmuró un “encantado” inaudible mientras recibía dos sonoros besos en las mejillas. Mejillas que, por otro lado, ya habían alcanzado temperatura de ignición.

Elsa y Marta, una al lado de la otra, parecían hermanas. Había sutiles diferencias, altura, algo de peso, pero resultaban idénticas. Marco encontró la idea perturbadora de algún modo. Incestuosa, tal vez, pero no sabía decir de dónde salía esa sensación.

—Señor Osario —dijo Marco, apartando la vista de las dos mujeres, no sin cierto esfuerzo—, en cuanto a la entrevista...

—Después de la cena. Ahora siéntate y descansa un poco del viaje. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —dijo Marco, mostrando la taza de café.

El tiempo hasta la cena transcurrió de forma rápida. Tanto Elsa como Marta desaparecieron en la cocina dejando solos a los hombres. Todos eran fumadores, así que el ambiente, ya de por sí cargado por la chimenea, pronto adquirió cierta densidad palpable.

Yañez resultó un tipo hablador, había trabajado en más de doscientas películas y conocía los entresijos del negocio a la perfección. Era todo un nido de anécdotas y de sabiduría cinéfila, aunque siempre acababa con un quién se acostaba con quién, o con quién dejaba de hacerlo.

—Todo lo que hace falta para hacer una película —dijo, encendiendo otro cigarrillo—, es veinticuatro fotogramas por segundo y una cuchilla de afeitar.

Osario lanzó una buena carcajada.

—Yañez montaba las películas recién positivadas, sobre cualquier superficie horizontal, con una gillette nueva cada vez. A pulso, ¿sabes? Más de una vez casi me da un infarto al verlo trabajar.

—Ahora, con lo digital, hasta un mono montaría una película —añadió Nobrov.

Los tres hombres asintieron en silencio. Nobrov se levantó a por una copa.

La cena estuvo lista antes de las diez de la noche. Yáñez y Nobrov habían alternado los gin tonics con los cigarrillos y avanzaron tambaleantes hasta la mesa, recién puesta, en la que parecía no faltar detalle. Candelabros, ¡por fin!, vajilla cara, copas de bohemia, centro de mesa con flores, tres tipos de tenedor... Marco, que sólo veía cosas así en nochebuena o en las bodas de los amigos, trató de recordar el uso correcto de los cubiertos.

Marta se había cambiado y llevaba puesto un vestido de lana gris que caía como un guante afortunado sobre sus curvas. Elsa, por su parte, había elegido una camisa de seda negra y una falda larga de ante. Eran las dos mujeres más hermosas que Marco había visto en su vida, al menos en carne y hueso.

Tomaron los entrantes, gambas, jamón, algo de queso, canapés con patés variados, todo de la mejor calidad. Luego llegó el primer plato, una sopa de marisco que resultó deliciosa. La conversación seguía siendo la misma que durante la espera, sólo que ahora Elsa replicaba las groserías de Yáñez con soltura.

El segundo plato estaba cubierto en una fuente de plata. Osario retiró la tapa y pinchó el primer trozo de carne para

Marco. Se lo sirvió en el plato con unas patatas y Marta le acercó la salsa.

Marco ahogó un grito. Era una mano. Una mano humana. El segundo plato era mano estofada con patatas a las finas hierbas. Una puta mano.

Miró a su alrededor. Todos sonreían y Osario siguió repartiendo carne. Un pie, un codillo, otra mano. A Elsa le puso un pene. Y doble de patatas.

Aquello no podía ser cierto, de ninguna manera. Ése era el truco, el susto, la Sorprendente Revelación de la cena; Marco trató de calmarse. Osario le estaba poniendo a prueba, si se comportaba como un idiota chillón y huía despavorido, no tendría la entrevista que quería y, además, haría el más absoluto de los ridículos. No quería parecer un idiota, no allí.

Así que esa carne, se dijo, no podía ser humana. Sería un truco de cocina, un montaje de efectos especiales. Moldes de carne.

—¿No tienes hambre? —dijo Osario señalándole el plato.

Marco se armó con el tenedor y el cuchillo de la carne y atacó la mano, cortó un trozo, venció su repugnancia y se lo metió en la boca. Masticó con miedo. Luego se tranquilizó, aquello sabía a pollo. Aunque la verdad es que la mano estaba de lo más trabajada, con

sus tendones y huesecillos. Agarró la salsera y se sirvió un poco más. Marta le puso vino tinto en la copa.

—Está delicioso —dijo, tras tragar el primer bocado.

Elsa asintió.

—El secreto está en la cocción —dijo—. Hace falta un caldero bien grande para que quepa un cuerpo entero, aunque sea despiezado.

—En Madrid todo va al microondas y no está ni la mitad de bueno —añadió Marta.

Marco cortó otro trozo. Desde luego, todos estaban de acuerdo.

Yáñez, que había pedido el codillo, separó la articulación con un sonoro crujido.

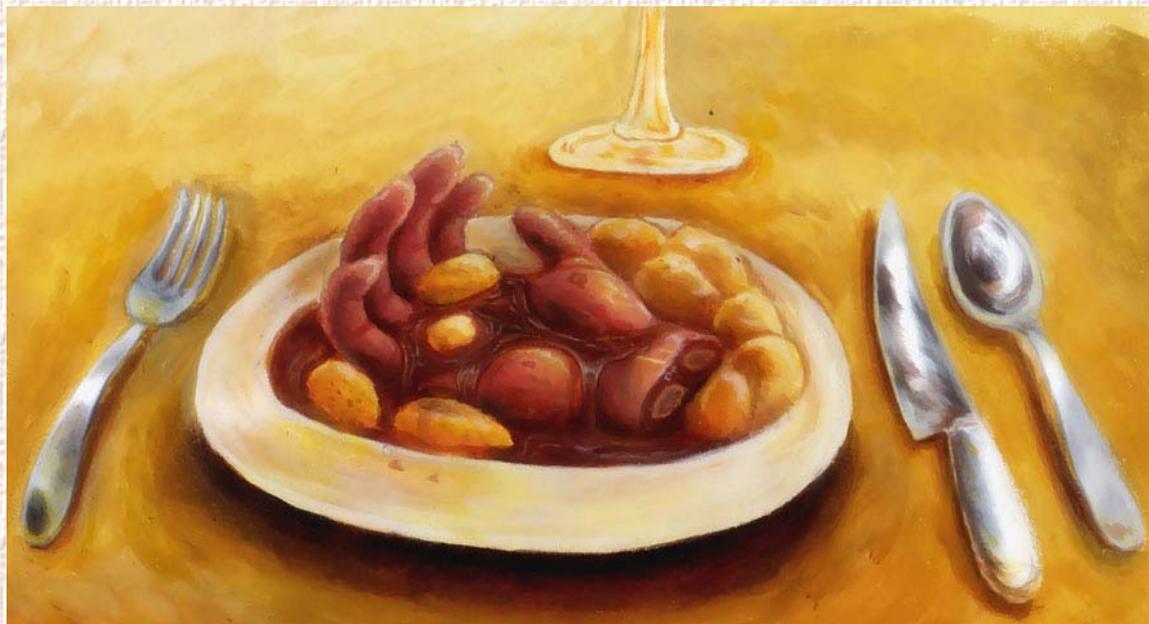
—Mirad —dijo, entre risas—, éste ya no tendrá nunca más “codo de tenista”

Todos rieron con ganas, menos Marco, que acompañó la broma con una sonrisa nerviosa. Trató de seguir masticando, pero algo se le enganchó entre los dientes. No había forma de sacarlo, así

que, con todo el disimulo posible, lo cogió con los dedos. Elsa se le quedó mirando.

—Vaya por Dios —se lamentó—, no me digas que me he dejado una uña sin quitar.

A Marco le dio tiempo a mirar la uña reblandecida entre sus dedos durante un segundo escaso antes de vomitar sobre la mesa todo lo que había tomado. Tomó aliento y volvió a vomitar, esta vez todo lo que tenía en el estómago, desde el



momento de su primera papilla en adelante. Intentó levantarse, pero estaba muy mareado. Tropezó con su propia silla y cayó de bruces al suelo de piedra. Tuvo otra arcada más que no logró arrancarle nada.

Las voces a su alrededor se distorsionaron, las imágenes se alargaron y mostraron sombras de aspecto tenebroso. Tenía calor, mucho calor, sentía cómo sudaba por cada poro de la piel. Hizo un intento por levantarse, pero estaba muy débil.

Jules Osario se acercó con rapidez, agarró un de los candelabros de la mesa y golpeó con él a Marco en la cabeza hasta dejarlo inconsciente.

\*\*

Marco despertó en la oscuridad, aturdido, sentía un fuerte dolor en la nuca, la boca le sabía amarga; pasó la lengua entre los labios notando una capa de bilis. No podía mover los brazos, estaba atado, atrapado. Intentó moverse, pero lo único que consiguió fue escuchar el tintineo metálico de unas cadenas.

Trató de aclarar sus pensamientos. La cena con Osario, la mano estofada... había poco más. Si todo había sido una broma, la verdad es que había llegado demasiado lejos. Si no... Marco prefirió no pensar en ello.

Se hizo la luz de forma instantánea y, pese a no ser más fuerte que una bombilla de veinte vatios, produjo en Marco el mismo efecto que el flash de una cámara de fotos. Cuando recobro la vista Marta estaba allí, vestida con un ligero camisón rosado y transparente que no ocultaba demasiado su anatomía. Marco giró la cabeza, estaba atado con grilletes a una pared de ladrillos, en una espe-

cie de bodega o sótano. En mitad de la sala había una mesa de piedra sobre la que descansaba un montón de cuchillos de hoja ancha.

—Dios, me alegro de que estés despierto —dijo Marta. Su voz temblaba y no dejaba de mirar la puerta por la que había entrado, justo al otro extremo de aquella pequeña mazmorra—. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Si aquella era una alucinación o formaba parte de la extraña broma de Osario, a Marco le daba igual. Lo único que quería en ese momento era salir de allí, que le quitaran aquellos grilletes que le mordían las muñecas, volver a sentir algo de calor.

—No podía dejar que te hicieran lo mismo que a los otros —continuó diciendo Marta, mientras que, con una llave de aspecto oxidado, liberaba los brazos de Marco—, no a ti. De todos los que padre ha traído, tú has sido el más amable... Marco...

Para su sorpresa, Marta le besó. Le dio uno de esos besos apasionados y húmedos de los que Marco sólo había visto en las películas. Apenas separaron sus labios, Marco agarró a la chica por los hombros, en parte para sostenerse, en parte para mostrar alguna firmeza.

—¿Se puede saber qué es todo esto? ¿Una broma macabra de tu padre o algo así?

—No... —Marta se giró y pegó su cuerpo al de Marco mientras su mirada se volvía triste— Mis padres... No creo que sepan lo que hacen. Comen, comen gente. Los bajan aquí y los cortan en pedazos, luego congelan partes y otras, otras acaban en la cocina. Yo... yo no vivo en Madrid, nunca he salido de esta casa, me mantienen aquí, encerrada, viendo como asesinan a la gente y obligándome a comer... a comer gente —llegado a ese punto, la chica rompió a llorar desconsolada.

Aquello debía ser cosa de Osario. Era demasiado. La joven atractiva en camisón rescatando al incauto escritor y confesando el canibalismo de sus padres, listos los dos para huir en medio de la noche. Hasta las palabras de Marta sonaban forzadas, como sacadas de un guión apresurado, y en cuanto a su actuación, aquellos gestos parecían calcados de las películas viejas de su madre. Pero Marco quería escapar a toda costa.

—De acuerdo, lo que tú digas. Pero vayámonos, joder.

Ya le daba igual la entrevista, el libro o quedar como un completo idiota. Rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar las llaves del coche y se dirigió a la salida.

No vio aparecer a Yáñez, que le dio un fuerte empujón, devolviéndolo a la mazmorra. El gordo montador vestía unos calzones de cuero que se sostenían gracias a unos tirantes llenos de tachuelas. Marco retrocedió arrastrándose por el suelo mientras el hombre hacía brillar

una navaja barbera a la luz de la bombilla.

—Me gusta cortar —canturreaba—, desmontar y montar, montar, juntar, pegar, desmontar...

Sonreía de una forma estúpida, sus labios chorreaban saliva, trató de agarrar a Marco en el suelo, pero su enorme barriga se lo impidió en un primer momento.

Tras Yáñez entró Elsa, vestida con un bikini verde y un impermeable de vinilo morado. Llevaba el pelo recogido y la cara cubierta por una capa de maquillaje blanco que le daba un aspecto teatral.

—Acaba con él, mi esclavo —gritó con esa voz afilada que Marco tan bien conocía de las películas—, demuéstrole lo que hacemos aquí con los inocentes.

Marta empujó a Yáñez, que, agachado como estaba, no pudo evitar tropezar y caer con un ruido pastoso. Marco cogió la mano de la chica y corrieron, dejando atrás a la Elsa, convertida de nuevo en una Bathory ye-ye, que no trató de detenerlos. Salieron de la casa sin encontrar a nadie más, ni rastro de Osario o Nobrov. Hacía frío, Marco seguía mareado, pero alcanzó a abrir el coche. Marta entró también. Arrancó a la primera, como si, de alguna forma, el ford Fiesta tratara de decirle a su dueño que no estaba en ninguna película de terror adolescente. Aceleró. El camino de tierra dio paso al camino de cemento, y éste al de asfalto par-

cheado. Las luces del coche apenas iluminaban la oscuridad, que por momentos parecía incluso palpable.

—Gracias —dijo Marta, rompiendo un silencio estático que ya duraba minutos.

—¿Gracias? —gritó Marco, notando cómo un ataque de ira le agrotaba el cuello— ¿Gracias, puta de mierda?

Marco apenas dijo nada más, un reflejo en el retrovisor le advirtió de una sombra en el asiento de detrás. Quiso girarse, pero un lazo de alambre se le clavó en el cuello, estrangulándole.

—Así no se le habla a las señoritas —le susurró Nobrov al oído, mientras apretaba el alambre más y más, cortándole el cuello, rompiendo la laringe.

Marco aceleró, soltó las manos del volante y golpeó a Nobrov sin ningún resultado. El coche se salió de la carretera. Lo último que vio Marco fue un montón de girasoles deformados en un delirio vangoghista. Luego, oscuridad.

—¡Despierte, vamos!

Marco levantó la cabeza a duras penas. Nobrov estaba delante de él, con una llave oxidada en la mano. Estaba de vuelta en la mazmorra, de nuevo atrapado con cadenas y grilletes.

—No tenemos mucho tiempo —siguió hablando Nobrov—, dé gra-

cias a Dios que he llegado a tiempo. Quién sabe lo que tenían planeado para usted.

El hombre le liberó, Marco estaba débil, así que tuvo que apoyarse en él para poder andar. Se tocó el cuello, nada, ni rastro de cortes. La puerta volvió a abrirse.

—Volvemos a encontrarnos, doctor Van Helsing —dijo Yañez, transfigurado en una suerte de drácula orondo, vestido con su capa y traje de gala, inflado como un globo—. No volverá a escapar, se lo aseguro. Ha jugado con la muerte durante demasiado tiempo.

Otra vez aquellos estúpidos diálogos. Yañez representaba su papel como el peor de los actores aficionados, acompañando cada palabra de una mirada huidiza, en busca de aprobación.

Nobrov, por su parte, extrajo una cruz plateada del bolsillo y la hizo brillar bajo la luz mortecina. Yañez Drácula levantó los brazos, cubriéndose el rostro antes de huir emitiendo un grito parecido al jadeo de una gata en celo.

—Aguante, joven —susurró el actor—, tengo un carro esperando.

Marco se fijó en él. Iba vestido con ropas de época, chaqueta gris larga y entallada, camisa y chaleco, botas de montar. Era el uniforme clásico de Van Helsing. Intentó separarse de aquel loco, pero sólo podía dejarse llevar, ser arrastrado fuera de la mazmorra.

Marco se sintió de nuevo en una de aquellas películas de Osario, quizá en un pequeño fragmento de final alternativo. Era esa opción secreta en su DVD, ese detalle con el comprador fiel de todas sus obras. Ya no era él mismo, sino un personaje más, cambiante, indefinido. Alguien que completara la locura del director.

El salón, iluminado por el fuego de la chimenea, había cambiado de aspecto por completo. Había tapices en las paredes, sillas acolchadas, una enorme librería de aspecto antiguo... el escenario perfecto para otro drama victoriano a lo *sacher-masoch*.

Junto a la puerta, sobre una alfombra roja, aparecieron Elsa y Marta, madre e hija, iguales, desnudas, besándose, acariciándose, hermosas, ardientes, las novias de Drácula revividas, excitadas, gimientes; al verlos avanzar les miraron con ojos tristes.

—No nos abandones, Marco —dijeron al mismo tiempo, formando un eco desagradable—, quédate con nosotras, tócanos, ámanos. Somos tuyas, Marco, seremos tus esclavas si nos lo pides.

Nodrov levantó de nuevo la cruz haciendo gritar a las mujeres que intentaron escapar, retrocediendo a cuatro patas como animales heridos.

—No —alcanzó a decir Marco—, esto no puede ser cierto.

Miró a su alrededor, resistiéndose a Nodrov que trataba de sacarlo de la casa. Escuchó un ruido, una especie de traqueteo. Empujó a su

supuesto salvador y avanzó hacia el sonido, que venía de las escaleras. Alguien se movió entre las sombras, era Osario.

—¡No mires a la cámara! —gritó Marta— ¡No la mires!

Osario cambió de lugar, manteniéndose fuera del alcance de Marco. Llevaba en las manos una vieja cámara de superocho, el ruido era el de la cámara rodando, pasando la cinta, grabando aquella pesadilla, convirtiéndola en realidad.

Las dos mujeres se lanzaron sobre Marco, derribándolo. Una le besó, la otra empezó a quitarle los pantalones.

—No mires a la cámara —le susurraron—, no derribes el muro.

Le clavaron las uñas, le desgarraron la piel, le amaron.

Antes de volver a morir, en medio de una orgía sangrienta y colorida, entre mujeres hermosas, sin fuerzas ni para gritar, se creyó por fin personaje, protagonista y secundario, actor de todos los papeles, fotograma fijo e indeleble, esencia misma del cine y del sueño.

Y todo duró hasta que Osario apagó la cámara en un momento cualquiera, convirtiendo la historia en un sueño pasajero de butacas rojas y oscuridad, de olor a naftalina y palomitas rancias. Justo tal y como huele la vida hasta que el rodaje vuelve a empezar y el mundo cobra sentido, escrito a doble espacio y con acotaciones al margen.

A TEAM RESCEPTO RELEASE



RESCEPTO ESPECIAL DOS HERMANAS



THE END

THE ADVENTURE WILL CONTINUE ON:

RESCEPTO #007: BACK WITH A BIGGER GUN AND LOTS OF DEAD PEOPLE

COMING SOON